LMR

UN POCO DE MUÉRDAGO NO ARREGLA UN CORAZÓN ROTO

Christmas Shorts





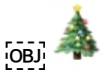
Un poco de muérdago no arregla un corazón roto

LMR

© 2025 by Laura Moreno Romero.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en e ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita d los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquie medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, as como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Advertencia, novela de ficción, cualquier parecido con la realidad es una mer coincidencia.

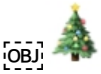


Canción elegida para Joy Poison & Köl Wolf
Christmas All Over Again - The Goo Goo Dolls
Preferiblemente, escuchar en bucle, a todo volumen.



Capítulo 1

Joy



Es irónico que mi nombre sea Joy, si te soy sincera, me siento mucho más identificada con mi apellido: Poison, porque sí estoy hecha de veneno. *Todo lo que toco muere o lo hará pronto.*

Por eso en el colegio me tenían miedo.

Por eso en la universidad me tenían lástima.

Y por eso a mis veintiocho, me he jurado no hablar con nadie. Ofrecerme para trabajar la víspera de Navidad ha sido mejor idea que teñirme de rubia siendo morena porque son las seis de la tarde y desde hace h-o-r-a-s tengo la oficina de la asesoría toooda para mí.

La verdad es que a veces dudo que sea humana. No lloro. No me río. No tengo corazón. Y por supuesto: odio la estúpida Navidad.

Lo más probable es que tú también quieras alejarte de mí más pronto que tarde.

Volviendo al tema, estoy segura de que el rascacielos al completo está vacío. Por eso, para terminar de disfrutar de mi paraíso, voy a hacerme un café a eso de las nueve de la noche. No esperaba oír nada más que el sonido de mis tacones de doce centímetros.

Pero lo hago.

Porque el ascensor se abre y alguien sale de él. Me muevo para ver de quién se trata, pero las luces de esa zona están apagadas y solo veo una sombra serpentear entre los cubículos y entrar en el despacho más grande de toda la planta. *Mierda. Será mi jefe, el viejo Arnald.*

Pongo los ojos en blanco y termino de hacerme el café. *Demonios.*

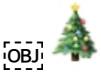
Pienso qué rutas a mi despacho puedo coger que eviten el de mi jefe. Le doy unas cuantas vueltas, pero la suerte no está de mi parte. Me termino el café y sé que no va a dar resultado. Lo sé, pero lo intento

Voy de puntillas. Sigilosa. *En plan full cringe y ridícula*. Pero Arnald que ni siquiera ha encendido las luces de su despacho, alza la vist hacia mí *justo* cuando paso por delante de su puerta.

Salvo que el tatuado hombre musculoso de ojos azules que sujeta ur pendrive entre los dedos, no es mi jefe.

Capítulo 2

Joy



Su mirada de un azul eléctrico imposible, ahora a un palmo de mí es una mano en mi garganta que aprieta impidiendo que respire. Es toda una desgracia que *me vaya* ese rollo, porque no me muevo de sitio un buen puñado de segundos. ¿Y él? Tampoco.

Está robando.

Información, robando información.

Ha venido a robar información a la asesoría.

De ahí el pendrive en el ordenador de Arnald.

Joy, usa las piernas, muévete y lárgate rápido.

Salgo del trance, me giro en mitad del despacho y vuelo hacia la puerta, pero él llega antes. Ni sé cómo se las apaña, pero me adelanta antes de que alcance la puerta. La cierra de golpe a su espalda. *Ay dios.*

Es tan rápido que choco contra su pecho antes de poder frenarme y me agarro a él para no perder el equilibrio, sintiendo la solidez de sus músculos bajo la ropa. La dureza de su cuerpo no es en absoluto relevante en un momento de pánico como este, pero mi cerebro subraya el dato con permanente negro. *Huele como un bosque por la noche.*

—Mierda —maldice entre dientes con una voz gutural y áspera mientras yo retrocedo entre las sombras—. Disculpa.

No esperaba que los ladrones que vienen a robar información confidencial la noche previa a la Navidad fueran tan educados, pero ya lo ves. Un instante después sus manos, enormes y fuertes, están en mi cintura y me mueven a donde quiere.

Ni siquiera abro la boca. Me lo impiden una serie de catastróficos calambres, vibrando por mi piel ante el roce que solo mi vestido evita

que sea directo. *Sé que el demonio debe tener herramientas para tentarte, pero esto ya es abusar. Joder, si apenas le veo.*

Estoy a punto de jadear, atontada por las brasas que me queman y muerden desde dentro, paralizada por la cercanía peligrosa de su cuerpo. Siento su fresco aliento a pocos centímetros de mi rostro y los labios se me separan solos.

Por suerte me llega la sangre al cerebro, levanto la rodilla, me inclino y le doy una buena patada donde más duele.

Me suelta y por alguna estúpida razón de lealtad corporativa alargo mi mano hacia el ordenador a mi izquierda, arranco el pendrive de su sitio y llego de nuevo a la puerta. Salvo que está cerrada. A mi espalda ¿Y el desconocido? A un palmo de mi cara, encajonando mi cuerpo con el suyo con las manos a cada lado de mi cabeza y todavía con la expresión contraída en una mueca de dolor. Ahora sí le veo y es... es un demonio fijísimo.

—Devuélvemelo.

Sé que en instinto de supervivencia tendría un cero redondito cuando pregunto:

—¿Quieres otra patada en tus...?

No llego a alzar las rodillas, porque bloquea mis piernas enredándolas con las suyas. Pero no se aprovecha de la cercanía, ni se frota contra mí, ni usa su fuerza. *Todavía.*

—No voy a hacerte daño, ¿vale? Tranquila.

—Una lástima que yo no pueda decirte lo mismo —estrecho la mirada, todo mi cuerpo cien por cien consciente de lo fácil que sería acercar mis caderas a las suyas.

Su olor a bosque y menta es intoxicante. *¿Existe la droga olfativa? Porque eso explicaría por qué no razono con lógica.*

—Abre la mano y dame el pendrive —pide en el tono de voz más comprensivo de la faz de la tierra y dudo si estoy delante del asesino en serie más peligroso y perturbado de América.

—No sé cómo narices has entrado aquí, pero te puedo asegurar que alguien de seguridad te habrá visto y que la policía ya estará en camino así que lo más sensato es que te largues. —No se mueve—. En serio, las cámaras habrán captado tu bonita cara y ya estarán imprimiendo los carteles de «nos vale vivo o muerto».

Está sonriendo. Su sonrisa iluminada por la luna y el único ordenador encendido en el despacho es torcida, confiada y hace latir mi corazón (muerto, hasta la fecha) a mil por hora. Tiene sombras en la

cara acariciando sus rasgos faciales excesivamente agraciados. *Estoy soñando, ¿verdad?* Esto *no* está pasando. Por eso no tiene el más mínimo sentido.

—No tienes que preocuparte por mi seguridad. Pero sí tienes que darme el pendrive.

—¿O qué?

Se le abren un poco los ojos como si le sorprendiera lo loca que estoy. Murmura algo que no puede ser, en ningún caso, «joder, Joy» porque no sabe mi nombre. *Nah, es un gruñido demasiado ronco como para que lo descifre, fijo que no le he entendido*. El desconocido mueve uno de sus brazos a su espalda, no sé para qué.

—O vas a obligarme a hacer esto por las malas, Poison —susurra ronco contra mi oído, su aliento fresco acariciando mi mejilla como una lenta quemadura.

«Por las malas» no debería sonar tan bien. Está claro que he leído demasiado dark romance con salvaje BDSM desbordándose por los márgenes y que es lo que me ha frito el cerebro.

Un segundo, ¿ha dicho Poison?

Lo siguiente que oigo es el «clic» metálico y aunque lo veo con mis propios ojos, y lo siento en mis propias carnes, no puedo procesarlo. *No*. El frío roce del acero alrededor de mi muñeca. *No*. Mi brazo inmovilizado. *Nnnnno*. Pero sí. Es evidente. Acaba de esposarme a rectangular pomo dorado de la puerta del despacho del puto Joe Arnald.

El ladrón aprovecha mi despiste para atrapar mi otra mano con la suya. La sostiene con firmeza robándome el pendrive con el tiempo suficiente como para acariciar el pulso acelerado de mi muñeca.

¿Ves como la Navidad es una puta mierda?

—Seré rápido. Solo tardaré un par de minutos.

—Vaya, eres el primer hombre en la faz de la Tierra que ha sido capaz de reconocer eso en voz alta —alzo una ceja, abro la puerta de un tirón y grito pidiendo ayuda.

Grito fuerte, dejando que mi voz haga eco al golpear contra la planta vacía y parcialmente oscura.

—No te servirá de nada. Estamos en la veinticuatro, por irónico que suene —esto lo murmura—, y es Nochebuena. Estamos solos.

Se ha remangado exponiendo más tatuajes que los de su cuello y el principio de su mandíbula. Veo que va vestido con un mono negro de mantenimiento y me imagino que es así como se ha colado aquí.

—La seguridad del edificio…

—No nos molestará —dice con gélida seriedad colocándose tras la mesa central, conectando de nuevo el pendrive y tecleando con rapidez en el ordenador.

—¿Los…? ¿Los has matado? —jadeo—. Dios mío, ¿vas a matarme? ¿Es así como voy a morir? ¿Aquí? Mierda, qué injusto. *Mierda*.

—He dicho que no voy a hacerte daño. Además, eres tú la que casi me mata a mí de un rodillazo —teclea sin mirarme—. Suerte que ya he tenido una hija, si no habrías jodido uno de los mayores sueños de mi vida.

—No vas a volver a verla, ni a ella ni a tu mujer, cuando te metan en la cárcel de por vida. A menos que te largues ahora. Si me sueltas fingiré que no has estado aquí, que esto no ha pasado. Podrás volver con tus chicas. ¿No suena genial?

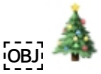
Asiente como si mis palabras fueran irrelevantes para él, pero un músculo se tensa en su mandíbula.

¿Qué crees que hará cuando acabe, Joy? ¿Liberarte? Eres un puto cabo suelto. Le has visto la cara.

Estás muerta.

Capítulo 3

Köl



Los imprevistos son una mierda, una putada. Así que no entiendo cuál es mi puto problema y por qué, en el fondo de mi cabeza hay un mini Köl Wolf queriendo reclinarse en la silla de pez gordo en la que estoy, girarme hacia la mujer que acabo de esposar y pasarme la noche conociéndola mejor.

Mi padre siempre dijo que era la oveja negra de la familia, igual se refería a esto.

La descarga de archivos ha avanzado solo hasta un trece por ciento cuando un fuerte estruendo congela mis dedos sobre el teclado.

La veo tirar de la puerta de cristal para acto seguido estamparla contra el marco con todas sus fuerzas. Mi pulso se dispara ante la visión de sus piernas torneadas, infinitas y tensas por el esfuerzo. Pero apenas me fijo en los altísimos tacones, lo que se le levanta el ajustado vestido negro al moverse o el jadeo que suelta por el esfuerzo. Una oleada de calor incómoda y *demasiado agradable* me recorre entero hasta alojarse donde no debería.

—Eh, ¡eh! —me levanto, la llamo, pero no me hace caso así que sujeto la puerta antes de que se vuelva un arma letal que se le caiga encima y la destroce—. ¿Qué estás haciendo?

—Si liberarme de las esposas no es una opción, puedo romper la puerta y llevarme el pomo conmigo —dice indiferente a mi autoridad a tiempo que veo que el cristal ya tiene una buena raja central.

—¿Has perdido la cabeza? Esta puerta mide más de dos metros, no la harás añicos, la romperás en pedazos y si uno de esos pedazos te cae encima te puede hacer *mucho* daño. —Contengo el escalofrío solo de imaginármelo.

—Tal vez, tal vez no. —Encoge un hombro como si no le importara su integridad física—. No voy a ponerme exquisita con mis pocas opciones. Pero tú… —alza la barbilla y baja el tono—, vas a tener que alejarte de mí para seguir robando información. —Chista la lengua— Una pena.

Joder, qué personalidad. Es toda una desgracia que siempre me hayan gustado las mujeres con carácter.

—Y creo que un buen empujón ya será sufic… ¡¿qué estás haciendo?

Acercándome lo bastante como para que no tenga espacio para arremeter contra la puerta de nuevo, bajo la cremallera que cerraba la parte de arriba del estúpido mono que llevo puesto. Por como tiene de abiertos los ojos diría que se está imaginando lo que no es. Y eso despierta un deseo primitivo que creía que no volvería a sentir nunca por nadie.

Cojo su mano libre y despacio, la paso por mi torso. La guio a mis costados y caderas. A todas las zonas donde alguien podría ocultar un arma. Oigo su respiración haciéndole el eco a la mía. Me doy cuenta tarde de lo suave que es su delicada piel, mezclado con el olor dulce que desprende su pelo y sumado a lo que me hace sentirla tocándome de esa manera… *joder*.

Mal, Köl. Fatal.

—Lo que hago es demostrarte que no llevo un arma —respondo en un gruñido—. Eso hago.

Sus labios han quedado entreabiertos y aunque llevo puesta una camiseta blanca, por como me mira, cualquiera diría que voy desnudo. La suelto antes de empalmarme. No parece haberme escuchado, así que se lo repito. Entonces frunce el ceño y alza sus increíbles ojos de color miel hasta mí.

—Te he visto la cara —se le llenan de lágrimas—. No vas a dejar que me largue.

—Sí, sí lo voy a hacer. Por favor, Joy, confía en mí. —Inclino la cabeza hacia ella, acercándome más de lo necesario—. No voy a hacerte daño.

—¿Sa…? ¿Sabes quien soy?

Achaco al shock lo mucho que ha tardado en darse cuenta.

—Joy Poison. Tienes veintiocho. Entraste aquí al salir de la universidad y ya eres mejor que muchos que llevan tres décadas como asesores financieros.

—¿Cómo sabes eso?

—No puedo decírtelo. Esto es lo que vamos a hacer, te voy a aleja
de la puerta y a esposar al armario para asegurarme de que no te pas
nada. Sentada en ese sillón, esperarás a que coja lo que necesite y m
marche. Solo entonces usarás la llave para liberarte, ¿de acuerdo?

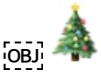
No responde, pero de todos modos, saco la pequeña llave de la
esposas. Apenas oigo el tintineo con el pulso acelerado como lo tengo
golpeándome las sienes. *No hay un solo músculo en el cuerpo que est
mujer no me haya tensado ya*. Tiene unos ojos penetrantes, una boc
jodidamente preciosa y mejor no hablo de su cerebro.

—¿Esperas que me crea que es eso lo que vas a…? —deja de habla
cuando vuelvo a enjaularla con mi cuerpo, esta vez para liberarla.

No sé. En qué narices. Estaba. Pensando.

Capítulo 4

Joy



Corro por mi vida teniendo todo tipo de flashbacks que me recuerdan que he tenido una vida de mierda. Por los altavoces de mi cabeza suena *el parque de atracciones está a punto de cerrar sus puertas* porque está claro que van a matarme y que mi patética historia se acaba aquí. *Bueno, he vivido más de lo que creí posible cuando tenía siete años. Y a diferencia de lo que llegué a pensar en la universidad, es demasiado pronto, no quiero irme aún.*

Mis pies dejan de estar en contacto con el suelo. El que solo puede ser el líder de una mafia secreta, me levanta sin hacer puñetero esfuerzo y me carga sobre su hombro como un saco de patatas.

—Lo siento, pero no puedo dejar que te vayas todavía.

—¡Suéltame! —Pataleo. Grito. Y tal y cómo él ha dicho, nadie me oye. Entonces pasa—. ¡¿Estás tocándome el culo, desvergonzado?!

—Si quisiera tocarte el culo lo sabrías, Poison. ¿Y si dejas de moverte para…? Oye, ¿puedes dejar de patearme?

—¡Entonces bájame!

No lo hace. Su inmenso brazo se aferra a mí con más fuerza si cabe.

Lo peor no es que sus rápidos andares me sacudan como una muñeca de trapo. Lo peor es el roce de su respiración caliente acariciando mi muslo, provocándome un cosquilleo desquiciante.

Llegamos al despacho y cuando me baja de su hombro, mi cuerpo se desliza por el suyo. Noto cada hendidura de sus abdominales, el calor que emana de su piel, y puedo asegurar que no esperaba que la fricción por esos senderos me hiciera *tanto*, pero jadeo. JADEO. En serio. Cas es un gemido y él tiene que haberlo oído porque me frena en cuanto lo

hago. Da la casualidad que coincide con el momento exacto en que mis labios están a la altura de los suyos.

Intento desequilibrarlo y cuando se apoya en un armario para que no nos caigamos al suelo, me convenzo de que mi único aliciente para volverme una lagartija y frotarme contra él es robarle las esposas antes de que me las ponga.

Suelta un gruñido bajo y oscuro que me atonta, desatando un latigazo de placer indeseado que por poco me arranca un gemido. *¿Qué me pasa?*

Me doy cuenta de los esfuerzos que está haciendo para no tocarme el culo, aunque por lo que siento duro e inequívoco contra mí, es evidente que *quiere*. La parte baja de mi estómago se contrae y retuerce con un anhelo que no me representa. Semejante demostración de fuerza y caballerosidad subliminal *no* debería ponerme *tan* cachonda.

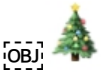
Pero lo hace.

Y eso me enfurece.

Así que cuando me deposita en el sillón del despacho de Arnald y me esposa a una maneta de su armario tal y como había dicho que haría, mi humor es un cóctel explosivo listo para que lo detonen.

Capítulo 5

Joy



«El tío» enciende una luz tenue del despacho, con la respiración todavía agitada. No me atrevo a bajar la vista más allá de su cinturón no tengo valor, pero si antes pensaba que era guapo, lo que veo ahora ya no tiene nombre. *Es como si Thor, Lucifer y todos los dioses griegos juntos le hubieran dado sus mejores rasgos.*

El ladrón tatuado de las narices se pone las manos en las caderas los brazos en jarras, y, que me parta un rayo, parece que va a darme una reprimenda. A castigarme por portarme mal. De repente, el ordenador emite un sonido y cuando ve lo que sea que esté pasando en la pantalla empieza a maldecir. A enfadarse.

Solo entonces soy plenamente consciente de que es una torre de músculos. De que estoy totalmente a su merced, esposada y sin nadie que pueda ayudarme.

Descubro que soy de esas lectoras de *dark romance* que disfrutan leyendo cosas salvajes que *no* querrían que les pasaran en la vida real. Que no quiero que me hagan daño de verdad. *Dios mío.* Empiezo a hiperventilar. *El dolor solo es divertido si es un juego y esto no es un juego. Madre mía, si estoy esposada.* Me arde la garganta y se me llenan los ojos de lágrimas. Cuando se pone delante de mí y hablo, mi voz sale muy débil.

—Por favor, no me hagas nada. No soy una mala persona, aunque la gente lo crea. Yo nunca he hecho daño a nadie.

Tengo un flashback horroroso del hospital, viendo a mi hermano lleno de sangre, en una camilla.

De las miradas de miedo de mis compañeros cuando volví a clase.

Lo que hizo mi padre poco después.

Oigo la fría e indiferente voz de mi madre diciendo «yo no tengo ninguna hija».

Recuerdo cuando creí que a nadie le importaría lo más mínimo si yo vivía o moría, y me doy cuenta de que *a mí* me importa. De que quiero vivir, *joder*.

—Eh, ehh —su mano alcanza mi mejilla y su pulgar no puede estar apartándome las lágrimas, imposible.

—Por favor —interpreta mi súplica como lo que no es y aparta las manos de mí, haciendo esfuerzos por no rozarme las rodillas siquiera pese a lo cerca que está.

—Vamos a jugar a un juego, ¿vale, Joy? Me llamo Köl, los tatuajes que ves son todos de pega y nunca he hecho daño a una mujer indefensa. Te toca.

Su confesión me deja atontada unos segundos.

¿Un mafioso con código moral? Debe haberme tocado la lotería de la mala suerte.

—¿De dónde eres, Köl?

—Esto no funciona así, Poison. El juego se basa en dar datos a la otra persona, no en aceptar sus preguntas —exhala y camina hasta la estantería opuesta—. Finlandia. Te toca.

¿Existe la mafia finlandesa?

—No hay nadie de esta oficina que me caiga bien. Y odio la Navidad.

—¿Odias la Navidad?

—Creía que las preguntas no estaban permitidas.

Me lanza una mirada que me eriza el vello del cuerpo cuando encima, añade una sonrisa. Luego se saca una especie de artilugio, una varilla alargada de su pantalón y pita entre unos libros de Arnald. Kö mete la mano y saca una pequeña cámara.

—¿Quién ha puesto eso ahí?

—Alguien de mi equipo.

—¿Ya habéis estado aquí antes?

—Sí y ahora vas a tener que contestarme a por qué odias la Navidad Grinch. Si vamos a saltarnos las normas del juego, mejor que sea equitativo —dice sentándose de nuevo en la silla de Arnald, con el ceño fruncido y una expresión de odio-los-ordenadores bastante entrañable.

Teclea en el ordenador con rapidez mientras suelta un «estoy esperando» y no sé por qué… me oigo hablar.

—Tenía siete años, mi hermano nueve. Era la mañana de Navidad y nuestro padre nos llevaba a por tortitas para desayunar. Nunca

llegamos a comprarlas. Tuvimos un accidente de coche. Mi hermano iba de copiloto porque le hacía ilusión ponerse delante y parecer mayor, así que cuando chocamos… él se llevó la peor parte. Murió esa misma mañana en el hospital. Se desangró. *—Todavía oigo los gritos de mi madre al llegar—*. Mi padre se culpó de lo ocurrido, aunque el responsable fue un camionero que no nos había visto. No llevó bien lo de haber sido él quien iba tras el volante, ni haber dejado a mi hermano sentarse delante, así que se marchó el día de fin de año, tras el entierro y no volví a verle. A los catorce me enteré que se había suicidado. – Estoy tan ida en mis recuerdos que no me doy cuenta de que me tiemblan las manos, ni de que es la primera vez en mi vida que cuento esto en voz alta a nadie que no sea psicólogo.

Recuerdo muy bien cómo me miraban en el colegio cuando volví llena de heridas y mi piel era… desagradable de ver. Hasta la de mi cara. A día de hoy solo tengo siete cicatrices pequeñas, pero no ha sido un trayecto sencillo llegar hasta aquí.

Le miro y veo que ha dejado de teclear. Parece haberse olvidado del ordenador.

—Lo siento mucho, Joy. Joder, es… *Joder*.

—Ya —fuerzo una sonrisa apretada, por algún motivo con ganas de hacerle sentir mejor.

—¿Y tu madre…?

—Fue fuerte por mí cuando mi padre nos abandonó. Puso mucho de su parte, lo intentó de verdad, aunque nunca volvió a ser la misma.

—¿Estáis muy unidas?

—Lo estábamos. Murió hace años. Alzheimer. La mayor parte del tiempo no recordaba que tenía una hija, solo preguntaba por mi padre. Imagino que debía acordarse de algo, porque se fue un día como hoy.

Pero. A mí. Qué. Coño. Me. Pasa.

¿Por qué no puedo cerrar la bocaza?

—¿También la perdiste en Navidad? —pregunta y una no esperaría que un tono azul pudiera volverse tan triste, pero el de sus ojos le está dando la vuelta a mi estómago.

—Bingo. Y esta noche estoy siendo la rehén de un robo de la mafia finesa y si me matas después de las doce… —no termino la frase porque se levanta de la silla y el corazón se me sube a la garganta.

El ordenador sigue emitiendo esos pitidos, como cuando tecleaba haciendo algo que imagino que no es bueno para la asesoría, pero sí para él. Köl se acuclilla colocándose a la altura de mis ojos y me acaricia

la mejilla alternando suavidad y firmeza, como si ya lo hubiera hecho antes y supiera como me gusta. *¿Y por qué me mira así? ¿Como si el Alzheimer de mi madre fuera su culpa? ¿Como si quisiera hacerse responsable de todo lo malo que me ha pasado en la vida?*

Sé que debería, pero no tengo miedo del hombre que tengo delante. Ya no.

—Deja de tocarme así.

—¿No te gusta? —aparta la mano lo justo, la deja en el aire expectante de que cambie de opinión—. Vamos, dilo.

—Sí, me gusta —musito maldiciéndole con la mirada y solo entonces sonríe.

Épica es la única manera que se me ocurre de describir semejante sonrisa. Le sube hasta los ojos y dios, parece un crío que ha recibido el mayor regalo de su vida. Me confunde. Quiero que me toque, que lo haga de verdad, donde quiera, como quiera, lo cual solo prueba que *no* estoy en mis cabales porque ha dicho que tiene familia y yo... soy despreciable por pensarlo siquiera. *Sin obviar el pequeño detallito extra de que pertenece a la mafia*. Me acaricia durante un breve segundo, esta vez el roce es mínimo y acaba enseguida.

—No eres mi rehén, Grinch —susurra con seriedad.

Acto seguido, saca la llave y libera mi muñeca.

—¿Ac... acabas de soltarme?.

—Sí —deja caer las esposas al suelo, al lado del sillón.

—Pero tú me has traído aquí, sobre tu hombro, en plan neandertal ¿Dónde está el truco?

Él me coge las mejillas con ambas manos para que le mire.

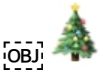
—Como ya sabes, miles de personas han confiado en esta asesoría durante décadas. Lo que desconoces es que cientos de vuestros clientes más humildes, están siendo robados a manos llenas. Tenemos pruebas de que Arnald está detrás de todo, que es él quien lo empezó y quien tira de los hilos pese a que son muchos más los que se benefician de su corrupción.

—¿Cómo sabe eso un maf...?

—No soy ningún mafioso, Joy. Pertenezco a la unidad de inteligencia de la policía de Michigan y necesito que te quedes conmigo

Capítulo 6

Joy



Se levanta, vuelve tras la mesa de Arnald y sigue tecleando despeinándose el pelo al meter los dedos entre todo ese caos oscuro Miro la puerta. Está abierta. No la hemos tocado por si se rompe y yo.. Podría salir corriendo de nuevo. Si lo sé, no entiendo por qué a ponerme en pie, lo único que hago es… acercarme a Köl. Caminar hasta él rezando por no ser una oveja que camina directa a la boca del lobo.

—¿Tienes alguna placa que corrobore tus palabras?

—Encima no.

Trago saliva dudando del razonamiento tras mis acciones. Él alza la vista del ordenador, como si escuchara los engranajes de mi cabeza.

—Sé que lo que te estoy pidiendo no es fácil, Joy.

—No, no lo es —carraspeo, balanceándome en mis tacones—. Dices que eres de la policía —me muerdo el labio inferior—. Si es así, ¿por qué me retienes?

—Yo no diría retener. Me gustaría más pintarlo como que entiendes la gravedad del asunto y decides no entorpecer mi investigación de…

—Aquí cada uno puede contarse las mentiras que le plazca, agente pero eso no hace que sean menos mentira.

Me siento en la mesa de Arnald y sus ojos caen hasta mis piernas un instante. Su mirada tiene un peso característico. La sube hasta mis ojos y me ancla a la mesa. No sé si quiere matarme o follarme contra la estantería, pero le dejaría que me hiciera una de esas dos cosas.

Al infierno, voy a ir al infierno.

—Como iba diciendo, necesito que te quedes aquí.

—¿Por qué?

—Porque yo no debería estar haciendo esto —exhala—. Pero s decides correr otra vez, no te perseguiré, Joy.

Joy. *J-o-y*. ¿Qué cojones le está haciendo su boca a *mi* nombre?

—¿A qué te refieres con que no deberías?

—Mi equipo y yo necesitábamos unos permisos para venir aquí unos que no tenemos, así que lo que estoy haciendo esta… *mal*.

—¿Tu equipo es visible al ojo humano? Y otra cosa, ¿no podíais esperar a que os concedieran dichos permisos?

—Mi equipo es muy visible al ojo humano y si no está aquí es porque yo no se lo he permitido. Ellos tienen familia y como su jefe, debo ser responsable. Ocuparme de que mantengan sus puestos de trabajo. Y sí podíamos haber esperado, pero de hacerlo, el ordenador de Arnald ya no nos valdría para nada.

—¿Qué quieres decir?

—Que si pedíamos los permisos oficialmente, se habría enterado de lo que buscábamos y limpiado su ordenador de pruebas antes de que llegáramos.

—Así que pretendes tomarte la justicia por tu mano.

Balancea la cabeza como si no le gustara la idea de ir contra las normas, pero tampoco pudiera evitar ser como es.

—Soy un hombre moralmente gris —gruñe tecleando de nuevo.

Pero a mí no me lo parece.

Me parece de la clase de persona que entiende que a veces tienes que romper las reglas para hacer lo que está bien, para obtener justicia, y eso amigo mío, es ser un puto faro de luz blanca.

—Has dicho que tienen familia, ¿tú no la tienes? ¿Antes has mentido? —mi corazón, de nuevo acelerándose contra todo pronóstico amenaza con agrietarse si dice que sí porque volver a creerle sería difícil tras una mentira.

—No he mentido en nada, Joy —sigue tecleando—. Es cierto que tengo una hija.

—¿Y qué hay de su madre?

Un músculo palpita en su mandíbula, pero no de enfado porque haya cruzado esa línea. Tiene la misma cara de un crío al que le obligan a tomarse una medicina asquerosa. Como si le hubiera forzado a recordar algo que duele demasiado.

—Kora murió un año después de dar a luz a Mazie. Hace ya cuatro —el repiqueteo de las teclas hacen el eco a sus palabras.

—¿Sería demasiado entrometido por mi parte preguntar cómo pasó? —musito, mi voz apenas audible.

Se lo piensa unos segundos, pero no muchos.

—Siempre corría de un lado a otro, queriendo llegar a todo, con el trabajo, la casa, el matrimonio… Se enfundaba en su traje de *Wonder Woman* día y noche —dice con un cariño tangible—. Ese día Kora recogió a Mazie del cole y volvieron a casa juntas. Yo no le había dicho que llegaría pronto porque quería sorprenderla —dice con el típico dejo de arrepentimiento que trae consigo la culpa—. Por la noche íbamos a cenar fuera, mi madre iba a cuidar de nuestra hija y Kora… dejó a Mazie en su cuna y se fue a dar una ducha rápida. Se resbaló y se abrió la cabeza.

—¿Fuiste tú quien la…?

—Sí. Para entonces ella… Ya no había nada que hacer.

—Lo siento muchísimo. No tengo palabras —me muerdo la lengua con fuerza para no echarme a llorar, pero quiero.

Hacía años que no lloraba y ahora parece que ya no soy capaz de cerrar el grifo. Köl asiente y puede que se le vea entero por fuera, pero en su voz, en sus ojos, se nota que aún le duele horrores. *Joder, dudo que algo así pueda dejar de doler algún día.*

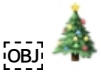
—No llores —dice y suena a petición personal, a súplica—. Mi hija es una niña muy feliz.

—¿Lo es? —pregunto perdiéndole el pulso a mi autocontrol apartando las lágrimas con rapidez.

—Sí. Sabe que haría cualquier cosa por ella, igual que su abuela. La echará de menos toda su vida, probablemente crezca con un huevo de carencias emocionales que yo nunca podré suplir. Pero la quiero muchísimo. Y voy a encargarme de que no le falte de nada de lo que yo pueda darle. Estoy seguro de que eso vale… algo.

Capítulo 7

Köl



—Estoy seguro de que eso vale… algo.

Joy aprieta los labios, se levanta de la mesa y reconozco que me cuesta lo mío quedarme donde estoy, pero soy un hombre de palabra y voy a cumplir lo de no perseguirla. Aunque me dolerá a un nivel profundo y personal, si decide irse, por todo lo que acabamos de compartir.

Y por eso, nunca, jamás, cruzo esa línea cuando estoy trabajando. Joder, ni fuera del trabajo tampoco. ¿Por qué con ella no he podido evitar abrirme en canal como un puto animal?

De repente, gira sobre sus talones y deambula por el despacho de Arnald como una tentación con piernas. *Ya sabía que esta mujer era peligrosa antes de conocerla, ¿por qué cojones no he obedecido a mi instinto y me he mantenido al margen?*

—Vale mucho, Köl —dice rompiendo el silencio, deslizando sus iris de miel hasta mí—. Muchísimo.

—Gracias.

Me gusta que pese a su evidente desconfianza con el mundo haya decido abrirse a mí. No sé qué he hecho para merecerme ese trato, pero me está… *Basta, deja de pensar en ella así.* Me obligo a volver la atención al ordenador.

—Habías dicho que sería rápido —continúa, tocando libros—. ¿Hay algún problema?

—Al extraer el pendrive cuando ya se había iniciado la descarga.. bueno, digamos que se han activado algunas alarmas. Pero no pasa nada, estoy a punto de… —me aparto del teclado y me reclino en el respaldo—. Ya está.

—¿Ya lo tienes? —pregunta y me imagino un deje de decepción en su tono.

—No, ya he conseguido que continúe la descarga de los archivos. Ahora sí tardará solo un par de minutos.

—Veo la luz al final del túnel, entonces —sonríe apoyándose contra la librería.

—¿Quieres verlo?

—¿El qué?

—Las pruebas de que Arnald es corrupto.

Un instante después ya está a mi lado. Su olor dulce me atonta, se mete en mi boca como algo que no puedo llegar a paladear como me gustaría.

En cuanto ve las cantidades de las que estamos hablando y todos los clientes afectados, empieza a maldecir como un camionero y juro que estoy a punto de arrancar el pendrive con tal de ganar algo de tiempo con ella.

—Pero esto… ¿no está mal?

Joder, sí. Sí está mal, estoy de servicio, tú eres una civil y yo no debería pensar en… lo que estoy pensando.

—Me refiero a que has conseguido las pruebas de forma indebida – traga saliva con dificultad y es evidente que se ha dado cuenta de cómo la miro—. ¿Te las aceptarán?

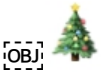
—¿Por quién me tomas, Grinch? No voy a entregarlas sin más. Haré que lleguen a las manos adecuadas. Tengo un amigo, Diago, él sabrá qué hacer con ellas.

—Si necesitáis que colabore, estoy dispuesta —dice y es una gran noticia, una que me obliga a recordar el curioso dato de que Levi-Ryan Diago conoció a su mujer en un caso.

«Muy curioso, sí», me digo. Luego ya no me digo nada porque Joy Poison se ha dejado caer en mi regazo y no me llega la sangre a cerebro.

Capítulo 8

Joy



Me imagino que va a pedirme que me quite de encima cuando no me besa de forma sucia, dominante y posesiva como imagino que hará en mis futuros sueños eróticos.

Por lo visto, la valentía que me ha dado verle con dificultades para respirar en cuanto me he acercado con mi vestido negro ajustado, ha salido por la ventana y ahora estoy cagada. Hundida en un océano de vulnerabilidad. Por eso al hablar lo hago con un hilo de voz.

—¿Quieres que me levante?

Su ceño se frunce, como si fuera una pregunta insultante. Sus manos llegan a mi cintura y me coge con firmeza.

—No. —Su cuerpo debajo de mí es como una hoguera y a mí acaban de convertirme en combustible.

—*Vale*.

—Te he estudiado durante mucho tiempo, Joy Poison —dice mirándome la clavícula como si fuera lo más excitante que ha visto en su vida, sus dedos deslizándose lentamente por mi cintura.

—¿A mí?

—Necesitaba saber que no estabas metida en esto —baja por mis caderas.

—No lo estoy.

Nos levanta, me pega contra la mesa del despacho y se presiona contra mí.

—Ya lo sé, Joy —susurra contra mi cuello, ni un solo centímetro de mi cuerpo sin arder—. ¿Qué me estás haciendo? Yo nunca…

—¿Nunca has ido contra las normas estando de servicio?

—No, en este sentido, no. Nunca.

Asiento, porque también le creo. Estoy bastante segura que a estas alturas no puedo hacer otra cosa.

Köl inhala con fuerza hundiendo la nariz en mi pelo. Ya estoy bañada por la desesperación antes de que separe los labios y su lengua se deslice por mi cuello en un beso demencial. Obsceno.

—¿Esto…? ¿Quieres esto?

Si hace una hora alguien me hubiera dicho que esto podía pasar un odioso día como hoy, le habría arrastrado yo misma al manicomio. Pero ahora estoy dispuesta a suplicar.

—Sí, por favor.

Un segundo después estoy contra la librería, mis muslos bien abiertos, el vestido subido por encima de las caderas y Köl follándose mi boca como si el mundo se fuera a acabar. Su lengua está capacitada de maldades impronunciables.

Sus manos me amasan el culo mientras me abre tanto como quiere y no puedo palpitar más rápido. Mi centro busca su erección mientras mis manos se hunden en su pelo y mi espalda se arquea como para romperse. Sabe increíble, besa mejor todavía, y estoy goteando, pero cuando pronuncio las letras «BDSM» se frena y me mira…

Bueno, *no sé* cómo me mira. Nunca me han mirado *así*.

—¿Hablas en serio? —pregunta con los labios enrojecidos, la mirada brillante y una intensidad demoledora aplastándome contra la librería.

—Pero el sexo vainilla también está bien —digo temerosa de haberme cargado el momento por ser una salvaje y una pervertida total.

—No *tan* bien —admite justo cuando no creía que la noche pudiera ponerse más interesante, Köl me muerde el cuello fuerte, hasta que gimo.

—Sí, por favor —me arqueo más, estoy temblando.

Köl me baja el vestido de un tirón, expone mis pechos y tiene que agarrarse la polla para controlarse. Ni siquiera le he desnudado, pero verle así me va a… Su boca se cierne sobre mis pechos desnudos, pellizca mis pezones con fuerza hasta que chillo y me corro como.. joder, como una avalancha.

El orgasmo acaba de descargar sobre mí cuando se libra de mis medias, de mi ropa interior, sin dejar de soltar barbaridades que nunca me han dicho, como que tengo un coño precioso. Un segundo después hunde la cara entre mis pliegues, prolongando mi placer hasta límites desconocidos. Apretándome el culo con tanta fuerza que mañana

tendré marcas violetas. *Mejor, así sabré que no me lo he imaginado todo*. Vuelvo a correrme casi enseguida. La tercera vez ya dudo de quién soy y de si este sigue siendo mi cuerpo.

Al volver a meterme la lengua en la boca, siento mi sabor mezclado con el suyo y como si fuera incapaz de apartarse de mí, sus dedos se hunden en mi entrada.

—¿Puedo usar las esposas, Grinch?

—Cualquier otra noche te diría que sí, pero hoy… —sacudo a cabeza.

—¿Qué te gusta? —pregunta acelerando el ritmo de sus dedos.

Cojo una de sus manos para llevarla a mi garganta.

Su mirada cambia de lujuriosa a seria mientras su pulgar examina mi clítoris con insistencia.

—¿Tanto confías en mí?

—Es la primera vez que se lo pido a alguien —admito demostrándole que él no es el único saltándose sus normas.

—No necesitas una palabra de seguridad conmigo, Joy. Si me pides que pare lo haré.

Vuelvo a besarle reclamando a su lengua para que no vuelva a salir de mi boca. Al rendirse al beso, sus dedos aceleran el ritmo y provoca que el orgasmo sea inevitable. Al rozar su erección contra mis pliegues vuelvo a temblar.

—Condones. Mierda, no tengo condones. ¿En tu despacho…?

En cuanto le digo que sí, que en el bolso tengo uno siempre, me levanta y me lleva hasta allí. No dejamos de frotarnos, ni besarnos, ni arrancarnos placer a mordiscos ni un solo instante. En la oscuridad de las aburridas paredes grises de mi despacho, Köl se quita la camiseta y se baja el mono para enfundarse el preservativo. Con las piernas abiertas, subida en la mesa de mi despacho, yo ya estoy a punto de ahogarme en el siguiente orgasmo antes de que me toque. No debería sorprenderme su tamaño teniendo en cuenta lo alto y grande que es. No, pero me sorprende, joder. Y debe ser evidente, porque suelta una risita.

—No te rías de mí, eres enorme —jadeo y chillo ante el primer roce de su glande contra mi clítoris.

—¿Y tú vas a poder con todo, a que sí? —me da el beso más sucio de la historia, apretándome la garganta con la mano libre. Tira de mí y me acerca a él tanto como puede—. ¿O vas a obligarme a castigarte después?

Dios, sí. Por favor. Con el primer puñado de centímetros ya es demasiado, es más de lo que he sentido nunca. Si a eso sumamos el roce de mis pezones contra su piel desnuda, su forma de dominarme a besos y de presionar mi clítoris con fuerza desmedida, no hay nada que pueda hacer.

—Voy a… Köl. *Köl,* voy a correrme otra vez.

—Sí, y vas a hacerlo en mi polla, pero solo cuando yo te lo permita —Me muerde el hombro, me lo besa después, mediante dulces caricias y deliciosos castigos se abre camino en mi centro y no puede seguir estirando mi deseo de esta manera tan cruel.

No. Puede.

Pero lo hace.

—Deja que me corra —suplico.

Está tan dentro de mí que haría falta muy poco para que lo consiguiera. Solo un empujoncito o uno bien fuerte, lo que sea Cualquier cosa. Pero él no me lo da. Es un tira y afloja extremo y por lo visto, infinito. Mi propio infierno sexual.

—Me parece que tienes mucho oxígeno para tanto que hablas, ¿no te parece, nueve con dos? —aprieta mi garganta y… *¿acaba de decir la nota con la que me gradué en la universidad?*

Mis pulmones arden con la falta de aire. *Más. Más*. Cuando Köl me suelta, todo cuanto inhalo procede de sus labios y entonces… entonces su polla no me da tregua.

—Ahora entiendo por qué te llamas Poison. —Es lo último que dice antes de empezar a comunicarse con gruñidos fineses.

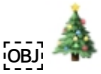
Nadie en toda mi vida ha utilizado mi apellido para algo bueno *Nadie*. Por eso, mi primera reacción es pensar que he hecho algo mal Por eso, cuando añade en un susurro «vas a matarme, Joy», me cura heridas que no me hizo él.

Solo entonces acaba conmigo con embestidas desenfrenadas. Por fin, por fin me da todo cuanto necesito. Cuando me corro, él lo hace conmigo y el orgasmo es tan bruto y despiadado como su forma de follarme.

En menudo lío me estoy metiendo.

Capítulo 9

Joy



Köl me pone el vestido con suma delicadeza. Me meto con él diciéndole que tiene dentro el Yin y el Yang, y él sonríe y se ruboriza.

Nunca he estado más aterrada. Nun-ca. Por eso no le pregunto qué demonios significa «kulta» o «sinä olet minun», aunque lo haya repetido unas cuantas veces. Imagino que solo pensaba en voz alta y por eso se le ha ido la lengua al finés. Como cuando te acuerdas de que te falta leche en la nevera. *Vale, mal ejemplo.*

Mientras me peina el pelo con los dedos *estoy gritando por dentro*, me doy cuenta de que he oído mi risa durante (entrecortada y jadeante) y después (sincera y alegre) del sexo. Pero la cosa es que yo *no* me río. Nunca. *¿Qué me ha hecho?*

Empiezo a entrar en pánico, pero Köl me coge la mano antes de que salgamos de mi despacho, la entrelaza con la suya y mi recién nacido ritmo cardíaco exhala de alivio. *¿Qué explicación científica podría tener que me calme de esta manera?*

#SuColoniaLlevaHeroínaFijísimo.

—Joy —dice antes de que entremos en el despacho de Arnald volviéndose hacia mí como un dios finés terrorífico—. Todo lo que te he contado es parte de una investigación en curso y estrictamente confidencial. No puedes…

—Tú tampoco. Lo que te he contado, es privado. Ultraconfidencial.

Sonríe, pero no con la boca, con los ojos.

Desde los dieciséis hasta ahora mi color de ropa siempre ha sido el negro y sí, eso ha definido por completo mi personalidad. Así que no entiendo por qué le extiendo el meñique y se lo ofrezco, ni por qué este

policía salido de la nada se empeña en sacarme a la cría feliz que una vez fui, esa pequeñaja a la que a día de hoy creía perdida.

Enlaza mi meñique con el suyo, recupera el pendrive y caminamos hasta el ascensor.

—Solo te acompaño para darte una coartada si Johnny sospecha de tus intenciones —le digo y un instante después me tiene aplastada contra la pared como si quisiera atravesarla conmigo.

No es normal. No es lógico que alguien que no me conoce de nada sepa *exactamente* cómo me gusta.

—*Kulta*.

—¿Qué significa?

No contesta. *Aaaay, dios*. Me deja las piernas flojas. La piel ardiendo. Con ese hambre amenazando con consumirme si no la sacio. Me muerde el labio y lo arrastra, como si no pudiera desprenderse de mi sabor.

—*Olet kaunis*.

Vale. Soy fan del finlandés.

En un par de segundos de ausencia me doy cuenta de que mi boca está perdida si no tengo su lengua dentro.

—¿Vas a pedirme mi número? —pregunto la tercera vez que las puertas del ascensor se cierran.

Köl, entre gruñidos, vuelve a pulsar el botón para abrirlas, pero me da que no tiene la más mínima intención de meterse dentro.

—Ya tengo tu número —me aprieta las caderas, marcando territorio con la inmensidad de su cuerpo—. Lo que voy a preguntarte es si te parece bien que lo use.

—Vale, sí.

—¿Puedo invitarte a cenar?

—¿Cuándo?

—Ahora.

—*¿Ahora?* —repito con las mejillas enrojecidas—. Pero es Nochebuena, dudo que haya muchos…

—Mi casa. Me refería a mi casa —se ríe por lo bajo y tira de mí dentro del ascensor—. Vaya, vaya. Joy Poison no se asusta porque le den caña, pero sí por una cena. *Adorable*.

Debería irritarme la forma en que lo dice.

No es lo que siento en absoluto.

—Pero tienes una hija.

—Y una madre. La pega es que ambas estarán dormidas cuando lleguemos y no podré presentártelas. A menos que te quedes a dormir —Ladea la cabeza sin dejar de mirarme—. *Más y más adorable.*

Las puertas del ascensor se cierran y vuelve a comerme la cara. Le dejo, claro. Sobre todo cuando descubro que *olet niin kaunis* se traduce en «eres tan preciosa».

No preciosa: *tan* preciosa.

Resulta que un adverbio tiene la capacidad de volverme l-o-c-a. Fíjate tú. Resbalo mi lengua por cada rincón de su boca y me doy cuenta de que he encontrado mi verdadera vocación en la vida. Y no pienso luchar contra ella.

Estoy convenciendo a Köl de que un descenso de veinticuatro plantas dan para mucho cuando se percata de que algo no va bien. De que hace varios segundos que el ascensor no se mueve.

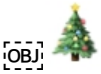
Hemos llegado abajo, pero las puertas no se abren.

—Policía de Michigan, identifíquese —dice la voz severa de una mujer al otro lado de las puertas.

Mierda.

Capítulo 10

Joy



Si alguien vuelve a apuntarme con una linterna en la cara voy a coger el primer bastón de caramelo que pueda arrancarle al inmenso árbol de Navidad de la entrada y a liarme a palos.

Al salir del ascensor había un montón de policía esperándonos en la recepción del edificio y está claro que nadie de los presentes es de su equipo porque lo están tratando como a un ladrón. *Pero él no se ha defendido ni una sola vez. Está muy callado.* También lejos de mí, así que hablar con él no es una posibilidad.

—Señorita —la mujer a un estornudo de jubilarse, que me mira como si hubiera echado sal sobre sus geranios favoritos, me ilumina la cara con la linterna otra vez—, ¿puede responder a la pregunta?

—Disculpe. ¿Qué pregunta?

—¿Qué hacía en las instalaciones tan tarde?

—Mi jefe necesitaba que alguien se quedara a hacer el papeleo y yo me he ofrecido *—como ya le he dicho al agente de bigote blanco que me ha interrogado hace cinco minutos, sin soltar su rosquilla en ningún momento.*

—¿Corroborará su coartada si le llamamos?

—Sí.

—Lo veremos.

—Disculpe, ¿las cámaras…?

—Las cámaras estaban apagadas. ¿Sabe? Es poco creíble que alguien joven como usted quiera trabajar en la víspera de Navidad. Todo sería más fácil si confesara estar asociada con ese criminal.

Miro a Köl y dudo. Si es un agente de policía que ha estado saltándose las normas y cabreando a la policía local al margen de la

verdad… o si no es policía en absoluto. Si ha forjado su carrera de mafioso a base de tomarse la justicia por su mano. Porque recordemos que no me ha enseñado ninguna placa.

Dios mío.

—No le conozco, agente, ya se lo he dicho.

—¡Joy! —Arnald cruza las puertas giratorias a zancadas, seguido Kishton, otro jefe de menor rango, ambos hechos una furia.

Oh, pero ni punto de comparación a lo que estoy sintiendo yo tras haber visto los archivos, viejo. Exhalo aliviada, aprieto los labios y camino hacia él.

—Qué alegría verte, Arnald. Kishton.

—¿Qué narices ha pasado, Joy? —pregunta mi jefe.

—Estaba trabajando como si nada y ha llegado un hombre alegando ser del equipo de funcionalidad y mantenimiento de la empresa. Me ha soltado un cuento de que venía por la noche para no molestar a los trabajadores durante el día. Al querer entrar en tu despacho, le he frenado, ¡y ha acabado esposándome! ¡Ha sido terrible!

—Pero a su despacho, ¿ha conseguido entrar a su despacho? –pregunta Kishton dejando para luego lo de preocuparse por mi integridad física y todo eso.

Él es el primero que se llena la boca con términos como «igualdad laboral» en la asesoría, pero trabajas un par de meses aquí y te das cuenta de que todas las becarias son mujeres y todos los jefazos son hombres. Anda, fíjate, ¿y a nadie le parece raaaro?

—No, no se lo he permitido. ¡Me he puesto a gritar! Me ha liberado lo cierto es que no era violento. Por suerte he podido empujarle a ascensor antes de que cambiara de idea. ¡Pero ahora la policía duda de mí!

—Has hecho un muy buen trabajo, Joy —Arnald me coge de los hombros y me zarandea—. Serás recompensada por esto.

No le des un cabezazo.

No. Le. Des. Un. Cabezazo.

—Gracias, señor —*escoria corrupta de mierda.*

—Y tú… ¿quién cojones te manda? ¿Quién te ha pagado? —Arnald mira por encima de mi hombro escupiendo veneno por los ojos.

—Santa Claus. ¿Qué? ¿Acaso tiene algo que esconder, viejales?

Todo pasa muy deprisa. No sabía que Köl se había acercado, pero me doy cuenta cuando el señor Arnald lo alcanza en un par de zancadas de tío viejo, pero altísimo de narices.

Antes de que pueda pararle nadie, Arnald aprovecha que Köl está esposado y le suelta tal puñetazo que lo tira al suelo. El sonido es sordo crudo, como el chasquido de un trozo de leña partiéndose.

Mi primer instinto es soltar un grito, pero luego recuerdo sus malditos reflejos cuando evitó que alcanzara la puerta la primera vez. Recuerdo todos esos músculos después cuando nosotros… *bueno después*. *Carraspeo mental*. Köl podría haberlo evitado y en caso de que no, fijo que sus piernas podrían haberlo sostenido.

Ha dejado que le dé el puñetazo, para que todos lo vean. Y cuando digo todos…

Un grupo de policías, tres hombres y dos mujeres, entran en el edificio en ese momento. *Su equipo. Tiene que serlo*. No puedo empezar a explicar las diferencias entre los policías que han estado con nosotros a los que acaban de llegar.

¿Fuertes? Joder, eso se queda muy corto, parecen militares *Terminators*. Ninguno debe pasar los cuarenta y cinco, y comparten esa mirada desafiante de sheriff-a-punto-de-desenfundar-el-revolver. Y no es que sea relevante, pero son… guapos. *En serio, nada relevante pero: guapísimos.*

Imagino que la música de Supermassive Black Hole de MUSE solo suena en mi cabeza, ¿no?

—Unidad de inteligencia de la policía de Michigan. Nos ocupamos nosotros desde aquí, agentes. Gracias por el servicio —sentencia el pelirrojo más cuadrado que un armario de dos puertas, el que encabeza al grupo.

—¿Todo bien, jefe? —le pregunta a Köl la poli de apretada coleta oscura.

—Ahora sí.

La policía rubia de pelo corto le pide las llaves de las esposas a la de la maldita linterna. Hace muchas preguntas mostrando su disconformidad, pero cierra la boca cuando le enseña la placa. Le cede las llaves al tiempo que otro policía le da a Köl lo que solo puede ser su placa y su arma. Reconozco que ver el shock en la cara de Arnald es gratificante. El resto de agentes, junto a Johnny y los demás de la seguridad del edificio murmuran:

—¿Qué pasa aquí?

—¿El ladrón es un policía?

—No me lo puedo creer.

—Cómo mola.

—Creo que nos hemos metido en una partida de la liga premium.

—¿Qué está pasando aquí? —vocifera mi jefe.

—Mi equipo hará las preguntas de ahora en adelante, si no le importa, señor Arnald —dice Köl con una severidad imponente intimidante a rabiar. Se ha transformado en otra cosa—. Joe Arnald está usted detenido. Tiene derecho a guardar silencio.

—No podéis detenerme, ¡no tenéis nada contra mí! —vocifera mientras le leen sus derechos y tres de los agentes de Köl se acercan para hacer los honores.

—Hasta donde yo sé, golpear a un agente de la ley es un delito y usted tiene un buen gancho para ser tan mayor —dice Köl pasándose la lengua por el interior de la mejilla. Entonces dirige sus ojos azules a mí. No hay calidez en ellos. No son los del hombre que no parecía querer soltarme hace no demasiado, el que me ha invitado a su casa. Entonces lo dice—. Esposadla.

Frunzo el ceño.

Retrocedo.

¿De qué está hablando?

—¿Qué? ¿A mí? ¿Por qué? —ni siquiera lo digo muy alto, pero me da la sensación de que aunque lo gritara, Köl no me contestaría.

Ni lo oiría. Está muy ocupado con Arnald.

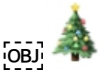
El pelirrojo de su equipo, el único que no está con esa detención, se acerca a mí lanzándome cuchillas con los ojos. Siento náuseas. Miedo. Frío en la piel. Retrocedo un poco más.

—Pero… yo… yo no… —no sé qué decir, el sentimiento de traición me deja atontada, inestable.

—No te muevas o te haré daño —dice y sacándose las esposas de cinturón, las cierra alrededor de mis muñecas.

Capítulo 11

Joy



La oficina está cerrada, a mi espalda. Los oficiales que nos sacaron a Köl y a mí del ascensor se fueron hace treinta minutos. Cuatro quintos del equipo de Köl se fue con él y Arnald a comisaría. Sobra decir que Kishton ha salido por patas de inmediato. *Dudo que con prisa de ir a comisaría.*

Ahora mismo estoy sentada en el capó de un coche policial. Justo donde el agente intimidante que me ha detenido ha dicho que espere. He intentado contar cuántos coches con luces rojas y azules encendidas hay, pero la calle está cortada y demasiada gente en la carretera.

Menuda se ha liado. Falta la prensa.

—¿Te llamas Joy Poison de verdad? —pregunta un chavalín, un agente que no he visto nunca, apareciendo a mi lado de la nada.

—Sí —miro las llaves que sostiene.

Se acerca a mis esposas y las levanta.

—Tienes unos padres muy cachondos, ¿no?

—Más bien.

Me libera. Así, sin más. Luego mueve la barbilla hacia la lejanía.

—Puedes irte. —Me sonríe y se larga.

Va-le. Miro en busca del pelirrojo que me ha puesto las esposas porque no parecía el tipo de persona a la que quieres cabrear. ¿Era una coartada para que Arnald no sospechara de mí?

Joder. Es… evidente si están dejando que me vaya. Pero ya se le podría haber ocurrido en el ascensor y avisarme antes, ¡¿no? Capullo. ¿Era por el factor sorpresa? Tendría sentido.

Si yo me creía que me detenían de verdad, Arnald también lo haría y así no sabría que estoy de parte de Köl. Y si no lo sabe, no tendrá n

idea de que la policía *ya* ha conseguido los archivos.

Y la gente se defiende peor cuando no sabe que están a punto de atacarle.

Pero claro, el quid de la cuestión está en que… *yo* tengo los archivos. Meto un par de dedos en mi escote y saco el pendrive. Lo aprieto con fuerza y deambulo entre los policías. *¿Cómo de arrogante y seguro de ti mismo tienes que ser para montar tooodo este jaleo de policía de alto nivel, sin saber si vas a tener éxito en tu misión? Por otra parte ¿de verdad esta es mi vida? ¿De verdad estoy a punto de hacer esto?*

—¿Diago? —pregunto a nadie en especial, dejando atrás a un montón de mujeres y hombres uniformados.

—¿Tenemos permiso para entrar en la asesoría?

—Qué va.

—¿Y entonces qué coño hacemos aquí, joder?

—Eso digo yo, que es casi Navidad.

—Esperar. Eso hacemos.

—La policía no descansa, haberlo pensado antes y elegido otra profesión, campeones.

—¿Diago? —pregunto de nuevo—. ¿Agente Diago?

—¿Quién lo pregunta? —Un hombre uniformado de tez oscura y mirada azul, curiosa, me mira desde la acera.

Aprieto el pendrive en mi mano con terror cuando se acerca.

Köl ha sido claro al darme el pendrive. Diago. Solo él.

—Soy… una amiga.

—¿Qué amiga?

—Una vieja.

—Pareces joven para ser vieja —sonríe y siento que me encojo, que empiezo a sudar, que vuelven las náuseas y que si aprieto más el pendrive se me va a meter bajo la puta piel.

—Pues sí, ¿le…? ¿Le has visto? *—verás la risa como me suelte que él es el tal Diago.*

—No está aquí. El hijo de puta se ha largado a comisaría sin mí. Tenía hermanos para esto. Le podía el *hype*.

No. Está. aquí.

Pues a la mierda el puto plan.

Dios.

Dios.

Dios.

¡¿Y ahora qué?!

—No puedo culparle —dice, con cara de estar haciendo precisamente eso—. Parece que tenemos algo grave entre m… Oye ¿estás bien?

—No, la verdad. ¿De verdad eres hermano de Diago?

Me mira con intensidad. Estrecha todavía más esos ojos azules hasta que son solo dos lunas. Luego sonríe.

—Claro. Me llamo Kadmus —me ofrece la mano—. ¿Para qué dices que buscas a mi hermano?

No tengo alternativa. Cojo su mano y le estampo el pendrive en ella arrepintiéndome, dudosa, segura de que no tengo otra opción y todo lo que haya de por medio a esas opciones.

—Arnald es mi jefe directo y *yo* te estoy entregando esta información de forma anónima y confidencial. Necesito que se la hagas llegar a Diago lo antes posible. ¿Lo harás?

No tarda ni dos segundos en asentir, subirse a un coche patrulla y largarse pisando a fondo el acelerador.

Imagino que este se convertirá en el momento posterior al de hacer una buena acción. Ese en el que todos tus músculos se relajan y te sientes bien. Espero, pero no es lo que pasa. Espero un poco más.

Dios mío, ¿qué narices acabo de hacer?

Capítulo 12

Joy

Me ducho al llegar a mi apartamento. Me seco el pelo y se me escapan algunas lágrimas en plan pringada total. Primero, porque Kö me ha confiado lo más valioso que tenía y yo la he cagado a lo grande Segundo, porque no voy a volver a ver a Köl. Tercero, porque no voy a volver a ver a Köl y cuarto, porque no voy a volver a ver a...,

—Ni que te hubieras enamorado, idiota —le gruño a mi reflejo—. No lo conoces de nada. —*No te ha dado su número, ni su dirección, ni su apellido*—. Ni siquiera sabes cuánto de verdad hay en lo que te ha contado. Sí, era policía, vale. Y sí, Arnald también era corrupto de verdad. Pero aparte de eso... Todo ha sido mentira.

Intento calmar a mi corazón acelerado, claramente agotado de tantas... *mentiras*. Entonces lo oigo. «Toc, toc, toc» en la puerta Acelero el ritmo de mis pasos más de lo que me gustaría admitir.

Köl.

Está vestido de uniforme de pies a cabeza y apoyado en el marco de la puerta de *mi* apartamento. *El mío. Porque ha venido. A verme. A mí* Mi corazón no se acelera: esprinta.

—Me he dado cuenta tarde de que no te he dado la dirección de mi casa, qué tonto soy. Suerte que soy un tonto con recursos.

La alegría de la situación se ensombrece por la lacerante culpa.

—Ha habido un problema con el pendrive, Köl. Uno grave. —La garganta me arde.

—¿Qué problema? —frunce el ceño, su espalda se tensa.

—Se lo he tenido que dar a su hermano porque Diago ya se había ido y... —dejo de hablar cuando se pone serio y alza las cejas con horror.

Separa y cierra la boca varias veces. Finalmente dice, con ese acento finlandés suyo:

—Diago no tiene hermanos.

Capítulo 13

Joy

—*¿Qué?* —Mi latido suena con eco.

La sangre se vuelve hielo y se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿A quién le has dado el pendrive, Joy? —se acerca.

—No… no lo sé. Era un policía de ojos azules, me dijo su nombre.. Kadmus. Imaginé que… dios mío, ¿qué he hecho? —mi espalda da contra la puerta de mi piso, abriéndola al máximo.

—Has hecho… muy bien —sonríe de repente—. Kadmus ha sido e inseparable de Levi-Ryan Diago durante toda la carrera de ambos Morirían el uno por el otro. —Me levanta del suelo, aplastándome contra la puerta como ha hecho hace horas contra aquella estantería— Es una suerte que Kadmus haya llegado a comisaría con las pruebas y que Arnald ya estuviera allí, detenido. Todo muy conveniente. Cas como si alguien lo hubiera planeado de antemano.

—Entonces, ¿ha salido bien? ¿Lo hemos…? —carraspeo—. ¿Lo has conseguido?

—No. Lo *hemos* conseguido. Juntos. —Me besa y es casto, rápido agradecido, pero ya me destroza. Me coge la mano—. Gracias a que has confiado en mí, Joy.

Le pego con la libre.

—Sí, ¿y cómo me lo agradeces? ¿Deteniéndome por sorpresa y asustándome con haberle dado el pendrive a la persona equivocada! ¡Bájame y vete de mi casa!

Me deposita en el suelo con delicadeza y un latigazo de decepción me sacude como a todas esas tontas que dicen lo opuesto a lo que de verdad quieren. Köl vuelve a ponerse serio, pero mucho menos que antes. Sus ojos están radiantes.

—Lo siento. Tenía que asustarte para que fuera creíble, Joy.

—Pues lo has conseguido —resoplo y finjo que sigo enfadada cuando no lo estoy—. ¿Qué te han dicho en comisaría?

—Me han echado una buena bronca, pero sobreviviré. Sobre todo porque, en la versión oficial, "me siento tan mal al ver a una civi esposada en contra de su voluntad que ni siquiera entro en el despacho de Arnald".

—¿Tendré que jurarlo ante un juez o algo así? —me revuelvo nerviosa y él se ríe por lo bajo al negar con la cabeza.

—Mi jefe sabe que es mentira. No tendrás que decírselo a nadie nunca más. Él también es moralmente gris.

Sonrío y él comparte el gesto. Asiento a medida que el silencio se expande.

—Supongo que querrás irte a casa —empiezo, aunque no contesta— Pero si no has cenado podrías quedarte un rato y…

—Con una condición.

—¿Cuál? —trago saliva.

—Que sea una cita.

Imagino que lo hace por obligación. Le he conseguido quedar bien con sus jefes. No debería darle importancia. Mis neuronas no deberían estar gritando de esta manera. Mis pulmones no deberían reducirse a tamaño de dos olivas. Sobre todo, cuando él no siente nada y no ha estado llorando en el baño como un panoli.

—No es necesario, Köl —digo y es evidente que lo recibe como un golpe.

La desilusión de su iris es una tortura para la vista y el corazón.

—Si quieres que me vaya, Joy, lo haré. Si quieres que te deje en paz y no vuelva a molestarte, solo tienes que pedirlo. Lo respetaré. — Cuadra los hombros ganando un puñado de centímetros—. Pero no es lo que quiero.

—¿No?

Me agarra la mano y la sube hasta su pecho, hasta que mi palma está contra su latido.

—No entiendo qué me has hecho, Grinch. Y prefería guardarme mi opinión sobre lo nuestro porque pareces al borde del ataque de pánico…

—Eso no es verdad —miento, al borde del ataque de pánico.

¿Ha dicho «lo nuestro»? Él se ríe y yo estoy a punto de llorar.

—No necesito tener esa conversación todavía, Poison —pronuncia mi apellido como si fuera algo bonito, su palabra favorita—. Has perdido mucho en la vida y es normal que te sientas así.

—Tú también has perdido mucho.

Aprieta los labios como si quisiera rebatírmelo y como si quisiera besarme, todo a la vez.

—Solo necesito que me dejes entrar y que no luches contra esto. Podemos fingir que seguimos en la asesoría, si eso te pone menos nerviosa. Podemos fingirlo durante los meses que haga falta.

Meses. Dios mío.

—Köl —jadeo.

Me acaricia la mejilla con la mano libre como si fuera la última vez en la vida que va a poder hacerlo. Aparta la lágrima que se me escapa porque todas las estrellas fugaces del cielo hayan decidido hacer realidad mi sueño. Solo el mío.

No me siento merecedora.

Hace falta ser muy valiente para rendirse a un sentimiento así y yo soy una cobarde que lleva huyendo de todo años. *Años*. Estoy en una encrucijada y sé que tome el camino que tome, no podré volver atrás. Él pega su frente a la mía con rendición y me atraviesa con sus ojazos rebosantes de calidez azul. *Aceptará lo que le diga. Sea lo que sea.*

—Köl…

—Dime.

Trago saliva. Empujo las lágrimas hacia abajo.

—¿Cuál es tu apellido?

La pregunta le pilla por sorpresa.

—Wolf. Köl Wolf.

—Köl Wolf —inhalo profundamente su olor a bosque y menta—, ¿te gustaría quedarte a cenar… en plan cita?

Su boca colisiona contra la mía y ya no hay quien nos pare. La puerta se cierra con un golpe al tiempo que su lengua se abre paso a través de mis labios, tomando posesión inmediata de mi boca como un depredador hambriento. Parece que estamos haciendo un pulso por ver quién lo desea más. Nos devoramos como si tuviéramos una deuda pendiente que solo puede saldarse con *fuego*. Él se deshace de mi camiseta del pijama en un solo movimiento. Yo tiro de su uniforme intentando arrancárselo con más urgencia de la que jamás he sentido lo cual le hace gracia . El capullo se carcajea de mi necesidad, me levanta como si no pesara nada y me deja sobre la isla de la cocina.

—El dormitorio está…

—Oh, ya llegaremos. Luego —asegura y solo entonces me doy cuenta de la cantidad de aire que le falta.

Gruñe de necesidad cuando me desnuda, ignorando su erección y tomándose el tiempo para arrancarme la ropa interior a mordiscos para burlarse de mí y del hecho de que solo tengo un color en mi armario. Por primera vez en siglos me gustaría estar enfundada en encaje rojo, fijo que su cara sería épica.

Un grito entrecortado por el salvaje placer explota en mi garganta cuando entra dentro de mí y me doy cuenta de que no me lo he imaginado, que el sexo con él de verdad es así.

—Köl —gimo en sus labios mientras él me dice lo preciosa que soy y la suerte que ha tenido al encontrarme.

Me engaño con que se refiere a lo de Arnald, pero en el fondo, muy en el fondo, sé que se refiere a mí. A esto. A nosotros.

Nos corremos a la vez, mirándonos a los ojos, intentando entender qué demonios está pasando y como podemos hacer que dure.



Me despierto al amanecer, porque las cortinas están abiertas y el sol me da en la cara. No solo a mí. Me doy cuenta rápido de que el dueño del brazo que me rodea la cintura y me pega a sí con posesión, me está mirando con ternura y juraría que desde hace rato.

—Feliz Navidad —dice con voz somnolienta, ronca y sexy de narices.

Todos mis miedos sobre volver a perder un ser querido afloran, pero sigo en sus brazos y aquí todo es más fácil.

Debe ser una ilusión ficticia, una causada por todos los orgasmos que me regaló anoche, cuyos fantasmas todavía zumban por mi cuerpo pero… Me siento fuerte. Capaz. Dispuesta a arriesgarme con él, por esto. Creí que pasaría el resto de mi vida sola. Lo creía de verdad. *Pero está claro que Finlandia tenía otros planes*.

—Feliz Navidad, Köl Wolf.

Sonríe y me hace rodar hasta que estoy sobre su pecho, a escasos centímetros de su boca.

—Voy a proponerte algo. ¿Lista?

—Sí, adelante. —Deposito un beso en su mandíbula—. ¿Es una ducha? —Beso su nariz, sigue sin decir nada—. ¿Es un disfraz sexy de

Grinch? —ahora sus labios.

—Joy… Quiero que vengas conmigo a casa.

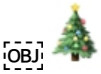
Es la mañana de Navidad, es evidente que tiene que volver con su hija antes de que se despierte. *¿Pero de verdad quiere que vaya? ¿Lo habrá dicho en serio? ¿O ha sido por compromiso?*

—Sí. De verdad, es lo que quiero —dice leyéndome la mente.

Me aprieta más contra sí, la desnudez de su anatomía ejerciendo una fricción delirante contra la mía. Estoy segura de que por eso digo lo que digo.

Epílogo

Köl



Un año más tarde, la mañana de Nochebuena.
Minä tarvitsen sinua…

Existen algunos momentos, como ahora, que me doy cuenta de que soy un cabrón con suerte.

—Papi, ¿lo has visto? ¿Lo has visto, papi? ¡Joy lo hace genial! —M pequeña se acerca embutida en su abrigo "rojo-navideño-guay" con la felicidad pintada en la cara.

—Eres una profe increíble, Mazie. Solo tú podías conseguir que alguien como ella patinara tan bien en tiempo récord.

—Mazie es una profe genial y tú eres un mentiroso —dice mi madre por lo bajo cuando mi hija se marcha patinando, más contenta que un ocho, hacia el centro de la pista de hielo, donde está la mujer de la que estoy enamorado.

Dios, qué preciosidad.

¿Se dará cuenta de lo que ha hecho con todos los Wolf?

—No sé de qué estás hablando.

—Esa muchacha tuvo el culo en el suelo la hora entera que estuvimos aquí la semana pasada. Has tenido que darle clases privadas

—Un mago no revela sus trucos.

—Un mago no es más que un tonto si no aprovecha las situaciones cuando se le presentan —mueve la barbilla hacia el hielo para que me largue, pero antes de que lo haga pellizca mi chaqueta—. ¿Cuándo vas a pedírselo?

—Esta noche.

Sonríe de oreja a oreja, con orgullo incluso.

Por favor, vive muchos años, te necesito conmigo.

—Eres un romántico, ¡como lo era tu padre! —Me planta un sonoro beso en la mejilla y me alejo de la barandilla patinando.

Cuando me acerco a Joy, Mazie está haciendo piruetas porque es todo un portento de niña que no se sabe estar quieta ni medio segundo.

—¡Lo haces increíble, Mazie! —le dice Joy. Mi Grinch se aferra a mis antebrazos y su sonrisa es reemplazada por el miedo—. Me estoy esforzando mucho para que se sienta orgullosa de mí, pero estoy agotada. Moribunda. Me tiemblan las piernas cosa mala.

—Anda, mira, como esta mañana —la beso y siento cómo se ablanda contra mí.

Qué puta suerte.

—Muy gracioso, agente.

—Estás preciosa, ¿lo sabías?

—Si me sigues mirando así, voy a montarme encima tuyo y a darte razones para que me detengas por alterar el orden público.

Mi respuesta solo son gruñidos de deseo.

—¡Papi, no me la robes! ¡Que estaba conmigo! —Mazie coge de la mano a Joy para llevársela y a ella se le pone *esa* cara.

Esa rebosante de luz que le nace cuando se da cuenta de lo querida que es.

—Oh, ¿no puedo unirme? —patino detrás de ellas, fingiendo una ofensa que no siento.

—Nop, ¡tenemos que hablar de cosas de chicas! —exclama mi hija que tiene claras sus preferencias.

—A mí también me gusta hablar de esas cosas. ¿Creéis que no voy a entender la jerga?

—*Noooo* —dicen al unísono, se lanzan una mirada cómplice la una a la otra y estallan en carcajadas.



—Tu madre y Mazie nos están esperando para cenar —dice horas más tarde, mientras tiro de su mano por las transitadas calles de Michigan.

Después de un verano lleno de vestidos coloridos con flores, **m nueva debilidad**, no debería sorprenderme verla de rojo. *Pero joder me sorprende hasta verla a mi lado*. A pesar de mi trabajo, de mis

muchas responsabilidades y defectos, ella sigue aquí conmigo. He dejado de intentar entenderlo.

—Eh, podríamos comprarle uno de esos a Mazie —se abraza a m brazo señalando con la barbilla un puesto ambulante que vend caramelos con la cara de Santa Claus.

—Ya no puedo más —me freno y gruño, pasándome una mano por e pelo.

Estamos a dos putas manzanas, pero ya no puedo más.

—¿Qué ocurre?

—¿Que qué ocurre? —resoplo con el corazón desbocado—. Joder Joy, que te despiertas cuando vuelvo en mitad de la noche y no t vuelves a dormir hasta que te me subes encima. Que no te import descansar una mierda si eso nos da tiempo juntos. Que aunque t encante tu trabajo, lo dejas todo si me presento de imprevisto en t despacho, como si tuviera puta preferencia. Y lo haces como si supiera que me ahogo lejos de ti. Ocurre que te has convertido en la mejo amiga de mi hija y que te has pasado noviembre adornando la casa co ella, Grinch. Ocurre que le compras suplementos a mi madre cada ve que pasas por una puta farmacia y eres... jodidamente inteligente, t ríes de tus propios chistes, quieres con todo tu corazón y yo ya no... Y no puedo más. No puedo vivir sin que te pongas esto en el dedo... – arranco la caja del bolsillo de mi abrigo sin ninguna delicadeza, con l voz temblando y el corazón en la garganta—. Y me jures que voy tenerte el resto de mi vida porque te aseguro que yo ya *no sé* vivir sin t preciosa. Ni sé, ni puedo, ni quiero. Llevo un año enamorado de ti y n entiendo cómo alguien puede convertirse en todo tu mundo y a su ve expandir el que ya tenías. Pero, ya ves, una cosa más que añadir a l lista, porque yo rara vez entiendo algo de lo que tiene que ver contigo —Clavo la rodilla en el suelo y ella se lleva la mano a los labios—. M amor, *rakas,* deja de llorar.

—No puedo, *minä rakastan sinua* —solloza diciendo que me quier en mi idioma.

Trago saliva. El nudo en mi garganta crece y crece, pero temblando como una puta hoja, sonrío.

—Te quiero tanto, Joy Poison. *Tanto*. Eres mi felicida personificada. *Por favor,* cásate conmigo.

—¿De verdad quieres? ¿No me lo estoy imaginando?

—De verdad quiero, Grinch.

Se lanza hacia mí, me besa y acabamos en el suelo.

Voy a tomarme la libertad de suponer que esto es un sí.
Kulta. Rakas. Minä rakastan sinua. Mi amor. Eres mía.

Joy Wolf:
es evidente que un poco de muérdago no arregla un corazón roto.
¿Pero Köl Wolf?
Oh, ¡eso ya es otra cosa!

Nota de la autora

LMR

OBJ

He-he-hello, ¡feliz Navidad!

Pasa, pasa, en este rincón hasta los **Grinch navideños** son bien recibidos. Soy **LMR** (Laura Moreno Romero) y espero que hayas disfrutado de Joy&Köl y su historia *Un poco de muérdago no arregla un corazón roto*.

Si te ha gustado, una reseña me haría más feliz que **a Köl ver que la preciosa chica esposada a la puerta, va a dejar de intentar reventarla y escapar.**

Me eeeencanta leerlas y compartirlas en mi Instagram (lmr_author_) mientras lloro.

Esta historia forma parte de una serie de mini-novelas llamada:

Christmas shorts



OBJ

Estas novelas están metidas en el mundo de mi otra serie **Hermanastras** así que si te interesa conocer la historia del policía **Levi-Ryan Diago** puedes encontrarla en Amazon bajo el nombre de LEVI-RYAN. ¿Nadie podría haberse esperado ese título, eh?

Que el espíritu navideño te acompañe y de paso... **te traiga policías de incógnito que acaban siendo ladrones de corazones.**

Gracias por leerme, ¡por muchos romances más!

LMR